

CUENTO

EL ACCIDENTE

REALIZÓSE en las gargantas el grito que cada uno de los testigos había estado a punto de proferir. El «auto» había esquivado a duras penas la pequeña silueta vacilante que atravesaba la calzada rengueando.

Brutalmente atrapada por la mano materna, la niña, inconsciente del peligro que acababa de correr, levantó el brazo derecho para proteger su rostro de la presentida bofetada.

La señora Murin no era nunca muy suave, y su solicitud se traducía más bien en golpes que en caricias. Pero aquella tarde de sábado, en que su marido había regresado ebrio, ante la mirada de las vecinas instaladas en sus puertas, y con el salario bastante disminuído, sentíase particularmente de un humor irascible.

—¡Mala hija! vituperó — Lo haces a propósito, ¿verdad? Cien veces te he prohibido que atraveses la calzada habiendo un «auto» a la vista. ¿No pararás hasta que te hayan aplastado!

—¡Déjala que haga lo que quiera! exclamó Murin, con su voz enronquecida por el alcohol. — Ya sabes que no sería una desgracia. Recibiríamos una indemnización. ¡Sería la primera vez que esta inútil nos reportaría un beneficio en lugar de sernos una carga! ¡Y qué alivio para nosotros!

—¡Malvado! — gruñó la mujer. — ¿No tienes vergüenza de decir semejantes cosas?

—¡Como que tú despreciarías los billetes! — se burló el marido con un empecinamiento de alcoholizado. — Además, tíjate un poco en tu hija. No la llorarías por el honor que te hace.

Entre sus padres huraños, dispuestos a la invectiva, y bajo la mano materna que estrechaba su débil hombro, la niña temblaba.

Era una de esas criaturas enclenques y mal desarrolladas que se marchitan en las

negras casuchas de los arrabales. Contaba siete años y apenas aparentaba cinco; tenía una cadera desviada y cojeaba de la pierna izquierda. Pero, a pesar de aquel cuerpo insignificante y contrahecho, su rostro era suave y hermoso y sus bellos ojos, dulces y temerosos, desbordaban de una sensibilidad que se entristecía de ser ignorada y rechazada.

Habituada a las palabras duras, escuchaba con la cabeza inclinada, sufriendo al comprender que no la querían y que era una carga. Empujaba de pronto hacia la puerta por la señora Murin, acató tristemente la orden caída de los labios maternales:

—¡A la cama, Poucette! Así aprenderás a hacerte la tonta.

¿Por qué el cariño de la madre hacia la hija infeliz se traducía en gruñidos? Poucette no podía sospechar que aquel tono brutal disimulaba una emoción real, y que si la señora Murin relunfuñaba no era por otra cosa que porque había temblado por su hija.

Si Poucette hubiera sabido eso se hubiera ido a la cama con el corazón menos oprimido y, al acostarse, entre las sábanas, no hubiera exhalado aquellos prolongados suspiros que expresaban su tristeza.

«Si el «auto» me hubiese matado, habrían dicho: «¡Buen alivio!»

Sólo el padre había hablado así, y acaso sin pensarlo. Pero como la madre había protestado más que gruñendo y absteniéndose de toda manifestación de ternura, la niña la asociaba al grito monstruoso.

En las mentes infantiles las ideas se precipitan. Por largo tiempo, antes de dormirse, Poucette se repitió las crueles frases que resonaban demasiado a menudo a su alrededor.

—¿Qué hago yo en la vida? Las madres de otros niños llorarían si sus hijos muriesen. ¿Pero yo? Sería un alivio, una liberación...

El día siguiente era domingo. Pero en la casa de los Murin no se percibía más que

por la inhabitual presencia del padre, a quien la madre reprochaba amargamente su intemperancia de la víspera.

Huyendo de la disputa que empezaba y de los golpes, de los cuales ella tendría inevitablemente su parte, Poucette se deslizó afuera.

El recuerdo de la escena de la víspera pesaba terriblemente sobre su corazón y las reflexiones penosas que habían precedido a su sueño seguían obsesionándola. Su tristeza era un mal que empalidecía su suave rostro y nublaba sus ojos. La alegría de la calle tornaba más amarga su pena. Allí era verdaderamente domingo:

las niñas, a quienes habían embellecido, jugaban en las aceras, orgullosas de los lazos que anudaban sus cabelleras, de sus vestidos nuevos y de sus medias bien estiradas;

los bulliciosos chiquillos se alzaban hacia los escaparates de las confiterías, haciendo saltar en sus manos las monedas obtenidas de la generosidad paterna.

Poucette suspiró. Nadie la había besado; nadie había tratado de embellecerla. Llevaba un zurcido vestidito de todos los días y, allá arriba, en la buhardilla, donde se cambiaban golpes e injurias, los rostros eran los mismos de siempre, huraños y duros.

En la calzada, huyendo hacia las calles centrales, desprovistas de la tristeza de las casas negras, los «autos» se sucedían rápidos, brillantes, llevando hermosas señoras,

apuestos caballeros y casi siempre niños de ojos risueños.

¡Cuánta alegría en torno a la pena de Poucette!

Sorda a los llamados de las chiquillas, siguió caminando a lo largo de la acera, como si fuera a algún mandado.

Y no cesaba de mirar cómo corrían los «autos» y pasaban ante ella como bólidos.

—¡Para ellos sería un alivio..., un alivio! — se repetía maquinalmente a sí misma, mientras su carita se crispaba.

¿En qué pensaba? Cada vez se acercaba más al borde de la vereda, rozado a menudo por los «autos», cuyo paso hacía va-

cular a la rengueta.

Varias veces hizo ademán de querer cruzar; pero cada vez se detenía y volvía a echarse temerosamente hacia atrás.

Se detuvo.

—¡Mamá no llorará!

—murmuró con voz débil y dolorosa.

Y, bruscamente, se arrojó fuera de la acera y atravesó la calzada, cerrando los ojos para no ver venir un poderoso «auto», cuya capota brillaba al sol...

—Les dejo mi dirección y la de la Asistencia. Y aquí tienen para los primeros cuidados. Crean ustedes que estoy sinceramente desolado. Hubiera dado mucho más para que no hubiese sucedido esta desgracia. Pero los testigos se lo han dicho: la niña se arrojó literalmente bajo las ruedas de mi coche...

Ante los padres, mudos y consternados,

